



Nidos de sangre

Llegó un momento en que el hangar de Cerrillos ya no cupo otro cuerpo ensangrentado ni colgado. Otaíza decidió ampliarse a la casa de calle Santa Teresa N° 037, en el paradero 20 de Gran Avenida, expropiada a José Bordas. El nuevo "Nido 20", fue ocupado por 20 prisioneros.

"Un puñete tapó mi boca. Me agarró el pelo y me golpeó la cabeza contra la muralla. Mientras me preguntaba cuántos meses de embarazo tenía, pidió la 'máquina', me subió la chaleca y el sostén, me puso algo en el pezón izquierdo y me dijo: '¡apreta!'. La descarga eléctrica fue terrible".

Allí llegó Carmen Correa un 5 de septiembre de 1975. Nada sabía de su hija de la que la habían separado quedando en manos de dos de sus captores. Nada sabía de su esposo. Dos de sus hijos habían salido del país. Su familia, sus amigos, todo lo que había querido se escurrían en la intemperie. Intentaba aprisionar imágenes y recuerdos en la oscuridad de la nueva cárcel para que no se le escurriera la vida.

Pero muy pronto también "Nido 20" se saturó de prisioneros. La casa de avenida Perú que ocupaba Trujillo fue habilitada como nuevo campo de prisioneros, transformándose en "Nido 18". Pero el torrente humano seguía creciendo y hasta los closets fueron ocupados para el cautiverio de los secuestrados. En el interior de uno de ellos encontró Valenzuela al "Quila" Rodríguez un día de sol. Y éste esbozó una sonrisa agradeciendo el rayo súbito de luz que le regaló al abrir la puerta.

El pintor de brocha gorda Juan Cerda estaba allí: "Escuché gritos que me provocaron escalofríos, me tomaron del pelo, me levantaron y me arrastraron hasta otro recinto donde escuché voces que suplicaban que los descolgaran. Primero me golpearon la cabeza, luego el estómago y finalmente los testículos... cada vez más fuerte..., insoportable. Me amarraron desnudo sobre huinchas metálicas y comenzaron las descargas eléctricas..."

Una, dos, tres, y la sangre saltó de sus narices mezclándose con otros líquidos tan incontenibles como sus saltos, quejidos y gritos hasta quedar el eco de un alarido. Fue levantado con violencia y parado encima de un cajón: "Me abrieron los brazos, los levantaron y los amarraron separadamente y de un golpe retiraron el cajón. Quedé colgando... El desgarró fue terrible. Perdí la conciencia de todo. Me desperté mojado y

tirado en un rincón. Llamaban a un médico. Un hombre me examinó..."

Esa escena se repitió una y otra vez con Cerda, con Marcelo Muñoz - "colgaba de las muñecas y unos aparatos metálicos se me incrustaban en la carne provocándome heridas cuyas cicatrices aún conservo"- con Arsenio Leal y muchos otros.

Cerda rememoró: "Hasta que escuché la voz de Leal. Parece que intentó quitarle la metralleta a uno de los guardias y éste se puso a gritar. Llegaron de inmediato un número considerable de agentes que lo golpearon sin pausa ni piedad hasta que su voz se extinguió... Después, sólo el silencio".

El 7 de septiembre, un grupo armado irrumpió con violencia en la casa de Leal. Sus cuatro hijos, el mayor de 13 años y el menor de sólo tres, fueron encerrados en una habitación e interrogados: "¿dónde tiene las armas tu papá?". Su mujer no pudo impedirlo. En otra habitación era a su vez interrogada. Apenas pudo preguntó por Arsenio. "Está bien", dijeron. Carmen Correa lo tenía cerca: "Sentí voces, los quejidos de un hombre y luego una exclamación: "¡Se te pasó la mano!". Andrés Valenzuela también recordó ese momento.

A diferencia de los otros secuestrados que ejecutaron y por una decisión que nadie ha podido aún explicar, el cuerpo de Arsenio Leal fue entregado a su esposa, Rosa Carrasco. Cuando ésta pudo al fin recuperar

su cuerpo y llegó el momento de mirarlo, no pudo creer lo que veía: "Parecía un viejito de 80 años... Y tenía sólo 44. Tenía manchas violáceas bajo los ojos y en el torax. En las piernas y brazos había manchas moradas. Las puntas de los dedos estaban..., no tenía uñas... Los testículos aplastados. En un hombro, una quemadura, marcas en tobillos y brazos, un hoyo que le atravesaba la mano derecha, la nariz chueca... Tenía un orificio de bala y alrededor del cuello una huincha de mezclilla".

Fue la última vez que vio a su marido, nueve días después que un comando armado lo secuestrara de su hogar. El certificado médico que firmó el doctor Augusto León Ramírez, dice: "asfixia mecánica". Y en el Instituto Médico Legal quedó la constancia de que fue llevado allí desde el Hospital de la FACH.

Pero nada de ello motivó a los jueces a constituirse en las cárceles secretas de la FACH, ni a investigar la identidad de Roberto Fuentes Morrison y otros cuatro agentes de la DIFA que Rosa reconoció como autores del secuestro de su esposo. El amparo ni siquiera fue acogido y las pertenencias de Arsenio - su querida chaqueta de cuerpo café que Valenzuela tampoco olvidó y que después usaría otro soldado, y su anillo con un rubí, recuerdo de su padre- nunca le fueron entregadas. Debió conformarse con una tumba y el recuerdo de 14 años de vida común.

El "Lolo" y Corbalán

Para entonces "el grupo de reacción" trabajaba en conjunto con la Armada, en un destacamento al mando del oficial Daniel Guimpert. A ellos se unió otro de Carabineros, encabezado por el oficial Manuel Muñoz Gamboa, apodado el "Lolo". La primera fase del trabajo represivo del "Comando Conjunto" se había iniciado. Porque después, y durante un corto tiempo actuarían también en sociedad con hombres del Ejército, los que tenían como jefe a un oficial de trato brutal y de gran afición por el canto: Álvaro Corvalán Castilla.

"Lolo" Muñoz será siempre recordado. Rosa es una de las mujeres que conoció sus manos: "Un puñete tapó mi boca. Me agarró el pelo y me golpeó la cabeza contra la muralla. Mientras me preguntaba cuántos meses de embarazo tenía, pidió la 'máquina', me subió la chaleca y el sostén, me puso algo en el pezón izquierdo y me dijo: '¡apreta!'. La descarga eléctrica fue terrible. Cuando desperté, estaba tendida en el suelo. Escuché su voz: '¿sabés quién está en la pieza de al lado?'. Y escuché los gritos desgarradores de mi marido. Su voz retumbó: 'los tenemos a los dos y el huacho chico se va a quedar solo'. Las preguntas vinieron en avalancha y los golpes también. Me pararon y uno de los hombres se apoyó contra mi columna y me apretó contra la muralla. Un dolor agudo me penetró hasta el vientre... La voz indignada de un hombre al que llamaron 'coronel' detuvo la tortura..."

Rosa sintió que la vida crecía en su vientre. Respiró profundo y trató de descansar. Muy pronto la sacaron de allí y la trasladaron a otro recinto.

Con violencia, fue depositada en una mesa donde fue manoseada por varios hombres. Vendada, sintió que 'el jefe' la arrastraba hacia el suelo: "me llevó a un baño, escuché cerrar la puerta y luego sus manos bajaron mis pantalones. Los golpes se reanudaron... me violó y me dejó allí cerrando la puerta... No alcancé a moverme cuando sentí que otro hombre ingresaba... Traté de resistir... Con su mano derecha me metió la cara en la taza del water y me violó sin emitir sonido. Desde el suelo escuché que decían: '¡Nos culeamos a tu mujer!'. Mi marido estaba allí..."



Aun te lloto compañero

*C. de D. Humanos de La Cisterna Nido 20
Santa Teresa # 037*

Fuente: el mostreador